

La España Mágica

La España Mágica

JOSÉ IGNACIO CARMONA SÁNCHEZ



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: La España Mágica
Autor: © José Ignacio Carmona Sánchez

Copyright de la presente edición: © 2012 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-249-6
Fecha de edición: Febrero 2012

Impreso en España
Imprime: Cofás Artes Gráficas
Depósito legal:

Dedico este libro a mis dos principales motivaciones: mi mujer y mi hija Iria. A mi abuela *Mamafiden*, porque a pesar de llevar una vida dura siempre despreció el valor del dinero y sólo fue feliz después de aprender a leer. A mi familia y amigos (Patricia Moreno, José Revilla, Javier Royo Urbano y Paloma Rodríguez Gómez, quien me cedió algunas de las fotos). También a mi editor Santos Rodríguez por confiar una vez más en mí, y a todo su equipo (Isabel, Raquel, Teresa...). A Fernando Sánchez Dragó, Joaquín Abenza, Xavier Sánchez de Amoraga y Mario Conde, por demostrarme que para algunas personas los valores lejos de ser un ideal son una norma de conducta. A mis compañeros (y amigos) de nuestra gloriosa Armada: Raúl Puerta, Jesús Martiña y Domingo Ramos.

En memoria de Cayetano Ripoll y Antonio Caro, por razones que entenderéis después de leer el libro.

Y, de algún modo, a todos los españoles sin distinción de origen, credo, raza u opinión pues entre todos conformamos la que ha sido, es, y será, una gran nación; ensayo único de la civilización occidental, aun a despecho del resto de las naciones y de nosotros mismos.

José Ignacio Carmona Sánchez

Índice

Capítulo 1. Introducción al mito y a los orígenes forjadores	
del espíritu hispano	19
La etapa mítica	19
La etapa protohistórica: el culto a la muerte y las viejas creencias	25
La etapa mágica	32
La pugna entre el cristianismo primitivo y los cultos paganos. La bruja y el diablo	35
La naturaleza primitiva del símbolo en la inspiración de los núcleos llamados de fraternidad	43
Capítulo 2. La cueva de Hércules	49
Primera expedición: Cardenal Silíceo (1546)	56
Segunda expedición: Carbonero y Sol (1839)	58
Tercera expedición: San Marcial (1851)	58
Cuarta expedición: González Simancas (1929)	58
Quinta expedición: A. Díaz Sastre	58
Sexta expedición: Ventura F. López (septiembre de 1929)	59

Capítulo 3. El diablo en España en todas sus manifestaciones ...	63
Historia y evolución de la idea del mal	63
La brujería	70
Curiosas costumbres relacionadas con el paganismo, la astrología y la demonolatría en España	83
Los pactos diabólicos	90
El fenómeno del exorcismo y la posesión: santuarios españoles y su terapéutica sagrada	92
Capítulo 4. Las sociedades secretas	135
La masonería	139
Los caballeros comuneros y vengadores de Padilla	182
Los carbonarios	186
La Sociedad Landaburiana	188
La Sociedad del Anillo	188
La Santa Alianza	189
El Ángel Exterminador	189
Los Numantinos	189
Órdenes militares tradicionales y órdenes espurias: los linajudos	190
Retrospectiva de Modesto Lafuente	192
Capítulo 5. Figuras delincuentes: la pena de muerte, el fenómeno social del bandolerismo y organizaciones delictivas de diferente cuño	195
El bandolerismo	200
La Mano Negra	206
El hermafrodita Reyes Carrasco	209
Pepa la Loba: una líder bandolera de armas tomar	211
Corporaciones criminales	213
Capítulo 6. La Inquisición española	223
Antecedentes	223
La Inquisición en tiempos de los Reyes Católicos	224
La Inquisición bajo los Borbones	226
El asesinato de don Pedro de Arbués: un crimen de estado ...	229
El proceso de Cayetano A. Ripoll: el último ejecutado por la Inquisición española	231

La Inquisición y los delitos menores	234
El proceso inquisitorial	237
Los tormentos de la Inquisición y sus antecedentes	241
Capítulo 7. Miscelánea: itinerario	
por la España oscura y prodigiosa	251
La Santa Compañía, Estadea, Hueste, Hoste o Estantigua ...	251
El hombre pez de Liérganes: viejas consejas de tritones y sirenas	260
El cura de Bargota: prestidigitación <i>versus</i> superchería	265
La cueva de Salamanca	267
El licenciado Torralba	268
Un caso de hechicería judía en Toledo: magia cabalística	270
Carlos II el Hechizado: el último Austria que reinó en España	273
Una leyenda toledana sobre los constructores: la mujer del arquitecto	277
El parque del Pasatiempo: el sueño de inspiración masónica de los hermanos Naveira	278
Anexos	295
Glosario de voces sobre la Inquisición	297
Entrevista al padre Fortea	307
Entrevista con José Donsón Peña	313
Entrevista a Joseph de Juan i Buixeda	317
Bibliografía	321

PREFACIO

Como dijo Marañón a modo de frase lapidaria: «El misterio tiene siempre un reducto final que resiste a los ataques de la erudición».

Son muchos los fenómenos que rodean al hombre que únicamente pueden ser esclarecidos a nivel del inconsciente y, por tanto, deben ser estudiados desde una perspectiva que vaya más allá de la antropología social. Las heridas abiertas en la razón no son la irracionalidad o el salvajismo, sino las facultades poéticas e imaginativas que el espíritu preside. Podríamos definir como antropología del misterio a aquello que se manifiesta de manera notoria en nuestra literatura, nuestro pensamiento, nuestro arte, nuestro folclore y que no está filtrado por un pensamiento lógico y racional.

Sólo así nos acercaremos a entender a personajes como por ejemplo Antonio Baiot, pregonero y sepulturero de Campo de Criptana, que en pleno 1744 desenterraba cadáveres para arrancarles las muelas con el fin de realizar conjuros.

Una anécdota histórica sobre un antepasado de nuestro genial poeta y militar Garcilaso de la Vega puede resultar el mejor ejemplo iconográfico sobre cómo la muerte, la superstición y la fatalidad se han terminado caracterizando en nuestra singular idiosincrasia. Se

cuenta que Garcilaso era hombre «que cataba mucho en agüeros», de tal suerte que gustaba de hacerse acompañar de una pléyade de adivinos y estos en cierta ocasión le vaticinaron que moriría en un viaje a Soria junto a los veintidós infanzones e hidalgos que le acompañarían. El poeta toledano, resignado a su suerte, creyó que moriría en combate noble como resultado de oponerse al sublevado infante don Juan Manuel, pero los hados decidieron que encontrara la muerte en la iglesia soriana de San Francisco al haberse amotinado el pueblo.

Como vemos no cuesta rastrear el elemento escatológico, mágico y supersticioso en el concierto de nuestra historia, incluso nuestros santos no pudieron sustraerse a él, como san Julián, que dedico sus controversias teológicas al estado de las almas de los difuntos¹. El trasunto del alma es motivo de preocupación en todas las épocas. En nuestra literatura primitiva ya aparecen textos como la *Disputa del alma y el cuerpo* en donde un monje del monasterio de San Salvador de Oña establece un diálogo entre cuerpo y alma. Del mismo modo, en la *Historia Eclesiástica de España*² encontramos prohibiciones relacionadas con el culto a los muertos, como el canon 34, que intentaba erradicar una costumbre supersticiosa que, derivada del judaísmo, había introducido el uso de encender luces en los cementerios con objeto de evocar espíritus.

La Edad Media hispana no permaneció ajena al conocimiento de fuerzas misteriosas, algunas de cuyas leyes se compilaron en torno a un saber antiguo que se remontaba legendariamente a las siete columnas de cobre escritas por Cam³, hijo de Noé. Estas artes adivinatorias y mágicas fueron practicadas por magos y nigromantes como Enrique de Villena, quien nos lega obras como el *Tratado de Fascinación o de aojamiento*, dedicada a personas que con su mirada emponzoñan el aire causando la enfermedad de quienes miran mal, sin que valgan de nada los remedios naturales.

¹ Un debate que trató con el obispo Idalio de Barcelona y que se recoge en su obra *Prognosticon*.

² Escrita por Alzog.

³ Según Luis Aldrete y Soto, fue Cam el mismo Zoroastro, rey de los bracmas. En: ALDRETE Y SOTO, Luis. *Papeles sobre el agua de la vida y el fin del mundo*. Madrid: Editora Nacional, 1979.

Respecto de la figura de la bruja casos como los de la infortunada María Soliña⁴ hubieron de ser muy frecuentes. Esta mujer, pobre de solemnidad y obligada a mendigar de puerta en puerta por los caminos del Morrazo, llegó a ser acusada de bruja debido a su aspecto desaliñado y delgadez extrema. El proceso duró cuatro años y, acusada por doce testigos anónimos protegidos por el Santo Oficio, fue sometida a las más crueles torturas, declarándose bruja para evitar seguir sufriendo. La pobre infeliz hubo de autoinculparse de haber sido bruja desde hacía veinticinco años y de mantener contactos con un diablo que se transfiguraba en gato. Tamaña pantomima acabo con un muñeco de paja paseando a lomos de un asno las calles de Cangas. El tribunal la condenó a llevar medio año el hábito penitencial y a serle confiscados sus inexistentes bienes, muriendo apenas poco tiempo después en octubre de 1621, tristemente enloquecida por el efecto de las mutilaciones practicadas durante el proceso.

No fue ni mucho menos la única bruja gallega torturada sobre las que los inquisidores proyectaron con inusitada crueldad el fantasma del oscurantismo y las consejas. Con razonables indicios de veracidad histórica, entre los siglos XVI al XVII se constatan entre otros los procesos de María Vázquez, María do Barrio, Dominga do Barrio, María Dapena, Inés Pérez, Francisca Rodríguez, Catalina Estévez o Dominga da Serra.

En otro orden de cosas, abordaré en este libro el fenómeno de las sociedades secretas, en particular las nacionales en sus diferentes vertientes: iniciáticas, patrióticas, militares, incluso las espurias y criminales.

En muchas tradiciones, como en los antiguos círculos místicos judíos anteriores a la cábala, el rito de iniciación consistía en la revelación sacrosanta del nombre de Dios (la palabra perdida) y este acto teúrgico de transmisión tenía siempre lugar estando ambos, maestro y discípulo, sumergidos en las aguas. La significación mágica de las aguas nos religa a la fábula del «Oannes»⁵ que sale del mar rojo portando el huevo germinador de la civilización, derivando posteriormente

⁴ PABLOS, Francisco. *Mitos y leyendas de Galicia*. Vol. 3. Vigo: Faro de Vigo, 1993.

⁵ Este mito está unido al misterio del bautismo y la purificación por las aguas. En la fórmula griega *Iesous Kristus Theou Uios Soler* se descubrió el acróstico para la palabra griega «pez» (*IKTHOS*).

en el San Juan venerado por todas las corrientes iniciáticas. Iniciarse supone por tanto entrar en una nueva interioridad ontológica que se fija como objetivo la experiencia mística de la totalidad, de modo que afecta al modo de actuar, de ser y de conocer.

Y conocer, conoceremos bandoleros, héroes, mártires, inquisidores, exorcistas, herejes, hechiceros y mitos; todo ello aderezado por la leyenda pero sin dar la espalda en ningún momento al rigor histórico. En España el canal de transmisión de nuestro imaginario y memoria colectiva fueron las clases populares. Paradójicamente entre estas abundaban los personajes de espíritu socarrón, fielmente retratados en Ribaldo, el escudero del caballero Zifar, primer ejemplo del realismo autóctono y precedente del universal Sancho Panza.

El estancamiento de lo ancestral permanecía en muchos pueblos y terminó teniendo su reflejo en la literatura. En *La gitanilla* de Cervantes ya se daba un remedio para sanar la mordedura de un perro aplicando a la herida los pelos de éste fritos en aceite. Lope de Vega escribe *El caballero de Olmedo* desde una absoluta convicción en el poder de la magia. Es en el Siglo de Oro cuando remanece como curiosidad literaria el interés por la magia considerando a esta como el resultado de una experiencia físico-mecánica de valor estético. En este sentido se prodigan en la corte con carácter privado grandes representaciones teatrales donde trabajan al consuno ingenieros mecánicos⁶ como Lotti o Mantuano con músicos y pintores barrocos. El resultado es una puesta en escena ecléctica donde el elemento fantástico gravita entorno al ilusionismo y al efectismo, aunando la creatividad literaria con la sensibilidad musical y la sugerente plasticidad pictórica.

Por el contrario, Calderón de la Barca, hombre de rigor intelectual muy influenciado por el probabilismo, desmitifica en *La vida es sueño* la invariabilidad del destino en favor del libre albedrío, oponiéndose de este modo a una astrología caracterizada por la banalidad y la apariencia.

⁶ En el siglo XVI y gracias a la imprenta y libros como *De rei militari*, cuyo autor fue Vegencio, se produjo una explosión de artefactos mitad científicos mitad fantásticos. John Taisnier, que llegó a acompañar a Carlos V en una de sus excursiones a Toledo, habla de unos buceadores que descendieron al fondo del Tajo ante diez mil personas sentadas en una campana «submarina».

España rezuma idolatría, apostasía y superstición y no corresponde a este autor poner todo ello en relación a la historia social, política o literaria, sino retratar y ayudar a comprender las raíces de nuestro espíritu herético. El positivismo, el enciclopedismo, el jansenismo francés son los muros que la civilización occidental ha levantado en torno a la razón, pero estos muros no resisten las raíces indómitas del espíritu hispano. Este espíritu comienza a forjarse con el sabeísmo turanio, se continúa con los dioses innominados iberos, se fortalece con el naturalismo celta, se alimenta del panteísmo fenicio y finalmente todo lo galvaniza Isis y una suerte de sincretismos orientales.

Mi única pretensión con este libro es arrancar del imaginario colectivo español aquellos arquetipos encarnados en brujas, nigromantes, demonios, masones, criminales, herejes y apóstatas para finalmente pintar con ellos un retablo de curiosidades y anécdotas con más luces que sombras.

Capítulo 1

Introducción al mito y a los orígenes forjadores del espíritu hispano

LA ETAPA MÍTICA

Lo viejo cuéntase por años, lo antiguo cuéntase por siglos.

Differentiarum. Lib. I, Opera V.
San Isidoro

En la historia de los pueblos es común observar dos particularidades:

1. Las diferentes cosmogonías, teogonías y mitologías nos reportan a un género de existencia análoga a todos los pueblos. Al mismo tiempo los hechos reales parecen quedar reducidos a la brevedad epigráfica.
2. Se observa un trasvase de mitos entre las distintas comunidades. Por ejemplo: El Génesis, el Avesta, las Teogonías de Sanchoniátón y de Hesíodo, que nos reportan a una infancia común compartida por la mayoría de los pueblos.

Gracias al entusiasmo de los poetas y los historiadores como Herodoto y Anacreonte se representó Andalucía como centro de las

riquezas y teatro de la felicidad. Cuentan Estrabón y Posidonio que la colonización por las costas del mediterráneo tuvo sus orígenes en el siglo XII a. C., al fundar los comerciantes tirios, en la ruta de acceso al estrecho de Gibraltar, Lixus, Útica y Cádiz.

Antes bien, tiempo y espacio eran para el hombre antiguo lugares predestinados. Necesariamente los héroes orientales como Hércules y Perseo debían partir de viaje para medirse con los héroes, y gigantes extranjeros. En el Occidente los esperaba el país llamado de las Hespérides o de las Islas Afortunadas, cuyo reino más antiguo se



Mapa de localizaciones mencionadas en el capítulo.

conocía como Tartesios⁷, el viejo reino del rey Argantonio que un viajero de la antigüedad describe con adorno poético:

La Bética es un país [...] digno de curiosidad [...] La tierra es fértil, el clima apacible, el cielo siempre sereno. Toma el país su nombre del río Betis, que desemboca en el océano cerca de las Columnas de Hércules, donde el mar furioso, rompiendo la tierra, divide la región de Tarsis del continente de África [...] En este país hay muchas minas de oro y plata, pero los naturales, sencillos y felices con su simplicidad, no se dignan contar estos metales entre sus verdaderas riquezas. Sólo estiman lo que verdaderamente conduce a la necesidad del hombre [...] Se alimentan de fruta, leche y rara vez carne [...] miran como inútiles todas las artes que sirven a la arquitectura [...] Cuando se les habla de otros pueblos, del gusto de los palacios soberbios, muebles preciosos, telas finas y bordadas, manjares exquisitos, responden que estos pueblos son infelices por aver puesto tanto trabajo en cosas superfluas y en hacerse esclavos de voluntarias necesidades. Tal es el modo de pensar de estos hombres, que han aprendido la sabiduría en la misma naturaleza. Tienen horror a nuestra afectada cultura: y se debe confesar que la suya es grande en medio de su amable simplicidad. Viven todos juntos sin partir las tierras, no tienen necesidad de jueces: su misma conciencia ejercita este oficio [...] Los bienes son comunes, así no tienen intereses que sostener unos contra otros: nada turba su amor fraternal [...] Todos son libres e iguales: no se ve entre ellos más distinción de condiciones que el honro debido a la experiencia de los ancianos [...] Se admiran mucho quando oyen hablar de batallas sangrientas, rápidas conquistas, ruinas de estados [...] No basta, dicen, que los hombres sean mortales, sino que unos a otros se anticipen la muerte [...] El adulterio no es menos infame en los hombres que en las mugeres [...] cada hombre tiene una sola muger [...] el vínculo es perpetuo [...] Consérvanse en paz con sus vecinos, porque como a nadie hacen violencia, no tienen que temerla [...] Los phenicios han hecho en la Bética un comercio ventajoso. Quando los naturales vieron venir de tan lejos [...] hombres extranjeros, los recibieron con agasajo [...] les dieron parte de su riqueza sin interés alguno [...] cedieron voluntariamente las minas de oro y plata, que para ellos eran inútiles, no pareciéndoles prudencia buscar con tanto trabajo en las entrañas de la tierra [...] lo que no puede

⁷ Esta civilización tan enigmática si hacemos caso de Estrabón contaría con una tradición literaria repleta de crónicas históricas, poemas y códigos con una antigüedad no menor de ocho mil años.

satisfacer su necesidad verdadera [...] Miramos los estilos de este pueblo como una bella fábula, y ellos deben mirar los nuestros como un sueño monstruoso.

Historia literaria de España

En realidad el nombre de Tartesos aparece por primera vez en las fuentes griegas que hacen alusión a los viajes de fenicios y helenos por el Mediterráneo occidental. Estas fuentes, como por ejemplo la *Ora Marítima* del poeta Avieno (siglo IV a. C.), hacen uso de la denominación de «tartesos», pero sin concretar si se trata de una ciudad, un río, un monte, un centro minero, una región, o tal vez todo ello.

Avieno, al referirse a la península ibérica nos transmite cómo esta, en tiempos, fue llamada la «península oestrimnida» y llama a sus habitantes «oestrimnios». El poeta cuando nos cuenta cómo estos fueron puestos en fuga por los sefes ('serpientes') está sirviéndose de un lenguaje a medio camino entre la historia y el mito. Avieno se refiere a la llegada celta al noroeste español, pero empleando un lenguaje característico; el del cronista en su contexto. No hay que perder por tanto de vista los mitos, símbolos y ritos, pues son universales y atienden a un fenómeno de complejidad colectiva que presta definición a la historia como: «un proceso de creación dentro de las posibilidades humanas» (Ignacio Ellacuría).

Uno de los reyes mitológicos atlantes fue Eumelos, también conocido como «Gadiros». ¿Podría su fabuloso reino estar relacionado con la antigua denominación de Gadir (Cádiz)?

Los mitos⁸ no surgen gratuitamente de la nada y seguramente responden al mismo trazo de idealización que la historia reserva a los hé-

⁸ El mito aparece en la historia según los antropólogos durante el Neolítico, hace unos seis mil años, después de un proceso de identificación del hombre con los astros y la posterior asimilación al reino animal. El hombre, al vivir en comunión con la naturaleza, se disputa el territorio con los animales a quienes no obstante considera como semejantes. De esta convivencia surgen las primeras prácticas de zoolatría. Los primeros hombres sólo poseyeron las pieles de las bestias para vestirse. Los pastores se cubrían con los despojos de cabras, borregos y bueyes, los cazadores cubrían la espalda con pieles de león o tigre, sucediendo que los pueblos adoptaron el hábito de designarse entre sí por estos signos. Del mismo modo cada tribu se identifica con un animal o un tótem.

roes. Tradicionalmente se había venido menospreciando estas fuentes antiguas sin reparar en que son manifestaciones arquetípicas de un género de definición singular que la filología comparada y la mitología han ido trayendo a la esfera de la historia positiva. En consecuencia, lejos de menospreciar los mitos, hay que extraer de ellos los rasgos que se concilien con la historia.

Dice el padre Mariana⁹ que el primer hombre que vino a España fue Tubal, hijo de Japhet. Luego continua con una serie de reyes fabulosos de los cuales el primero sería Gerión, que en caldeo quiere decir «peregrino» y «extranjero». A este rey le derrota Osiris, llegado de Egipto. Muerto Gerión es erigido un túmulo en Barbete y consagrado como divinidad.

Posteriormente las luchas se suceden, y los hijos de Gerión se alían con Trifón, teniendo esta alianza como resultado la muerte de Osiris. Poco después aparece el hijo de este, conocido como Apolo, Marte o Hércules, quien termina degollando a los Geriones y vengando así la muerte de su padre. Es con motivo de esta victoria cuando Hércules ordena echar al mar grandes piedras y materiales levantando a ambos lados del estrecho sus famosas columnas¹⁰.

A la muerte de Hércules los españoles le consagraron como Dios y no se sabe en qué parte le enterraron. Unos dicen que en Barcelona, «do junto a la Iglesia Mayor se ven los restos de una antigua y de un soberbio sepulcro...», otros hablan de Cádiz y el resto creen que en Tarifa. Desaparecido Hércules, reina en España el famoso Gárgoris, llamado «melícola» por la invención que halló de coger miel. Este rey echa a su nieto Abides a las fieras, y estas en vez de devorarle le crían con leche hasta ser capturado más tarde con un lazo en estado asilvestrado. Finalmente Abides es llevado junto a su abuelo, quien interpreta aquello como una señal de la providencia y le nombra sucesor.

Como podemos comprobar, en nuestra protohistoria no nos vemos privados de una saga mítica que se continúa hasta ir perfilándose

⁹ DE MARIANA, Juan (padre). *Historia general de España*. Tomo I. Madrid: Imprenta de Gaspar y Roig, 1848.

¹⁰ El mito de las columnas de Hércules al parecer parte de que los fenicios al llegar al estrecho de Gibraltar levantaron dos columnas con inscripciones en su propio idioma que venían a decir *Non plus ultra* ('No se pasa de aquí').

una historia con base real. Tampoco nos son ajenas adiciones pseudo-históricas que tratan de llenar lagunas documentales. Así por ejemplo, Flavio Josefo en sus *Antigüedades* nos habla de cómo Nabucodonosor se apodera de España pero retorna a su tierra tras contentarse con un suculento botín. De este modo la presencia judía en España se justificaría remontándonos a tal antigüedad que serían los hebreos quienes fundasen por ejemplo *Toledoth*, que quiere decir ‘linajes’ y ‘familias’¹¹.

La historia nunca sigue una sola línea sino que atiende a planos simultáneos, por lo que la convergencia de los hechos no debe llevar precipitadamente al reduccionismo romántico. No obstante los mitos representan un fenómeno de abstracción de los distintos estadios históricos¹² y aquellas tradiciones que hacen alusión a que los gigantes vascos, gallegos y asturianos provenían de mar adentro, pueden referirse a una hipotética prosapia original, correspondiéndose el mito de la llegada de Hércules a la península con el período de la piedra pulimentada donde hubo de arribar una corriente civilizadora procedente del Egeo. Los cultos «táuricos»¹³ podrían confirmar esta hipótesis. Uno de los cultos más antiguos diseminados por toda el área mediterránea fue el dedicado a los toros, encontrando ejemplos de taurolatría desde Sumer hasta el Atlántico, de modo que las famosas cabezas de toro fabricadas en bronce halladas en Costing (Baleares) nos remiten a reminiscencias egeas.

De la misma forma el mito de Habis¹⁴ (Abides) guarda notables analogías con personajes pseudolegendarios (como Moisés o Ciro, entre otros) y, en opinión de Julio Caro Baroja, todos estos mitos aluden

¹¹ El proceso de dispersión del pueblo judío motivado por las dos destrucciones del templo origina que todos los judíos de la diáspora se adscriban al origen palestinese.

¹² Estimo que a lo que se refieren los antiguos es a diferentes grupos de *sapiens* que hubieron de convivir necesariamente hasta la gradual desaparición de algunos de ellos. Ciertamente la ciencia nos habla de que las cinco razas actuales son las únicas que han pasado las etapas pitencantropida (*Homo erectus*) y neanderthaloide (*Homo Sapiens*), por lo que hordas evolutivas más lentas perdieron la batalla de la adaptación.

¹³ Recordemos que en la península ibérica el mito de Gerión se relacionaba frecuentemente con grandes rebaños de toros tartesios considerados sagrados.

¹⁴ Básicamente habla de un niño nacido de una unión ilícita que más tarde es abandonado y después salvado por animales para terminar siendo un gran gobernante.

a un período de transición desde un régimen bárbaro hacia una etapa cultural superior, lo que en el caso de Habis nos situaría en las últimas fases de la Edad de Bronce.

Corresponde a investigadores y académicos comparar las informaciones desprendidas este tipo de fuentes literarias con las obtenidas a través de actuaciones arqueológicas¹⁵ aunque la confrontación de datos demasiado heterogéneos resulte a menudo ilegítima.

LA ETAPA PROTOHISTÓRICA: EL CULTO A LA MUERTE Y LAS VIEJAS CREENCIAS

Tierra mágica preñada de grifos, trasgos, manes, hiperbóreos, acéfalos, cuélebres, meigas y endriagos, en cuya superficie reinaba Hades pero reservando el subsuelo a Plutón, como nos cuenta Falerno: «Los hombres cavaban con tanto ahínco que daba la impresión de ir a sacar a Plutón».

Los griegos llamarían Iberia a la península, el país que se asemejaba a una piel de buey, como describieron Estrabón y Polibio. Allí donde Heracles levantó sus famosas columnas¹⁶ y la rapidez de los caballos se debía a que las yeguas eran fecundadas por el viento Céfito.

Tierra indómita esta Hispania que prefirió la muerte al vasallaje como ocurrió con Numancia y Sagunto y a la que sólo se domestica acudiendo a la traición como en los casos de Sartorio y Viriato.

Cuando los romanos en el transcurso de la Segunda Guerra Púnica desembarcaron por primera vez en la península al mando de Publio Cornelio Escipión, se toparon con una diversidad de pueblos indígenas muy distintos entre sí. La religiosidad que practicaban era muy primitiva, y se han llegado a identificar a unos individuos tonsurados que ejercían como sacerdotes en los templos de influencia ibera donde aparecen generalmente esculturas de bulto redondo del tipo de la Dama de Baza, la Dama de Elche o la Gran Dama del Cerro de los

¹⁵ Por ejemplo creíamos que la cuna del ser humano estaba en África, pero los arqueólogos de la Universidad de Tel Aviv han hallado en una cueva de la localidad de Rosh Aayin un diente que data de unos cuatrocientos mil años. Constantemente se está revisando la historia.

¹⁶ Entre los promontorios de Calpe (Gibraltar) y Abilix (Dsehebel Musa).

Santos. Asimismo entre los motivos animales es frecuente encontrarlos con representaciones de animales reales como leones y toros junto a otros simbólicos como esfinges y grifos, conocidas estas últimas a nivel popular como «bichas¹⁷».

Paralelamente, las llamadas «taulas», tan frecuentes en las Baleares, son mesas en forma de T, formadas por grandes losas de piedra superpuestas que testimonian el fuerte arraigo de cultos relacionados con la fecundidad.

Estos cultos y creencias¹⁸ coexistían en la península con otros de influencia oriental, como los dirigidos al dios ugarítico El; a la divinidad fenicia Melkart o los dedicados en Ampurias a Serapis. La deidad fenicia Astarté se conocía también en Hispania por el nombre de Salambo e Isis era especialmente reverenciada en Tarragona, Sevilla, Guadix, Antequera y Braga.

Posteriormente la común influencia de formas helenísticas supone la simbiosis de las deidades romanas con las fenicias, como se refleja en las deidades veneradas en Cartagena y Cádiz, que se asimilan a las figuras de Esculapio y Hércules-Melkart. Del mismo modo la tríada capitolina romana, conformada por Júpiter, Juno y Minerva, se adecua a las formas locales. Así Júpiter es adoptado a los dioses masculinos del norte y Juno se identifica más claramente con los cultos dirigidos a las deidades femeninas en la Bética, como el caso de Tania.

En nuestra península hasta el advenimiento del cristianismo, e incluso con posterioridad a su llegada, existieron muchas prácticas inspiradas en el culto a la naturaleza¹⁹, a tal punto que por ejemplo los concilios visigodos hubieron de anatemizar a los veneradores de piedras, práctica heredada en nuestra península del paganismo oriental, donde era muy común la litolatría o adoración de piedras sagradas de forma cónica y origen meteórico, llamadas *betylos*.

¹⁷ Como las de Bogarra o Balazote.

¹⁸ Los priscilianistas y agapetas beberían más tarde de estas fuentes gnósticas y egipcias anteriores al cristianismo.

¹⁹ No sorprende entonces cómo las plegarias que de manera privada se dirigían en el mundo romano a los moradores de los Campos Elíseos prendieran sin dificultad entre los pueblos hispanos debido a su vinculación al mundo vegetal y solar, de tal modo que la oleada de mitos y deidades de procedencia oriental se expanden a lo largo y ancho de la Vía Láctea.



Exteriores de Santa Eulalia de Bóveda, Lugo.

El simbolismo de las piedras no sólo oculta reminiscencias fálicas o fecundadoras sino que conlleva una significación marcadamente esotérica. Los *omphalos*²⁰ se ligan a la espina dorsal. En la India llaman *brahmadanda*, ‘el bastón de Brahmá’, a la espina dorsal, y se relaciona con el caduceo de Mercurio abrazado por dos serpientes entrelazadas, símbolo del Kundalini. En muchos templos fenicios y egipcios, siguiendo este modelo antropocósmico se construyen alegóricamente columnas centrales llamadas «pilar *dyed*».

Del mismo modo, en los santuarios ibéricos el culto a las aguas estaba muy extendido, como los llevados a cabo en Collado de los Jardines y Castellar de Santisteban en la provincia de Jaén, o en la ermita de Nuestra Señora de la Luz en Murcia²¹.

País de extrañas costumbres y creencias, la mayoría de ellas relacionadas con la muerte. No hay que olvidar que España era el Hades, el final de etapa de las almas²². Cuenta Javier Ruiz cómo los numantinos²³ se negaban una y otra vez a entregar las armas a los romanos una vez vencidos, aun prestándose a reconocer a estos como vencedores y rendirles tributo. Los romanos no lo comprendían, pero las armas formaban parte del ajuar del guerrero numantino y sin ellas sus almas no acertarían a entrar en los dominios del dios Neto²⁴, a quien consagraban su vida y su muerte.

²⁰ La bipedación en los homínidos fue un salto evolutivo que supuso el aumento del volumen del cerebro y el desarrollo de nuevas habilidades. La columna vertebral se convierte de esta forma en un *omphalos*, un punto de ruptura del espacio-tiempo armonizador de los contrarios, de los mundos inferior y superior, de los principios activos y pasivos.

²¹ No obstante tenemos los testimonios más importantes en el norte, como es el caso de la patera consagrada a Salus Umeritana (Otañes) y el ninfeo de Santa Eulalia de Bóveda (Lugo). un edificio público donde, además de buscar la protección de las ninfas, se utilizaban sus aguas con fines terapéuticos.

²² Los egipcios creían que sus muertos partían hacia el occidente, donde el mundo conocido cerraba sus confines.

²³ Los vacceos, numantinos y otros pueblos celtíberos tenían por costumbre dejar los cadáveres a la intemperie para que así los buitres elevaran sus almas a la mansión de los muertos.

²⁴ San Agustín en su obra *Civitate Dei* dice que los españoles eran de los pocos pueblos antiguos que adoraban a un solo dios, pero Macrobio nos habla de que a pesar de que el culto más importante de entre los practicados en Iberia se dedicaba a Marte, siguiendo

Gallegos y Lusitanos practicaban el culto a los muertos y contaban con no menos de cincuenta divinidades: Vagodonnaego, Neton, Neta, Verora, Tullunio, Togotas, Poemana...

Otra de las muchas singularidades de algunos pueblos celtíberos fue la de disponer de «clientes» o «devotos»:

[...] que se llamaban *soldaros* o *ambactos*. Estos eran una especie de gentes que hacían profesión de sacrificarse por sus amos y en vida o en muerte seguir siempre la fortuna de sus señores. Si estos perdían la vida, todos sus devotos o *soldaros* se daban muerte a sí mismos; y no hay ejemplo [...] de que alguno haya faltado a esta rara prueba de bárbara fidelidad. Cuando los españoles afectos a Sertorio supieron de su muerte, todos al punto se quitaron la vida.²⁵

También los pueblos de la península eran muy dados a sacrificar caballos cuyos restos más tarde depositaban en la tumba del guerrero para que así le acompañasen en su tránsito al más allá²⁶.

Tampoco era indiferente al indígena hispano la figura del *aquilegus* ('zahorí') ni la alectomancia o arte de adivinar el porvenir a través de un gallo. Los pueblos del noroeste incorporaron a su religiosidad muchos aspectos adivinatorios de raíces etruscas como eran la observación de los rayos, la interpretación del vuelo de las aves y el examen de las vísceras. El panteísmo celta admitía la metempsicosis y, como buenos agoreros y arúspices, observaban el vuelo de la corneja sagrada. Junto a costumbres autóctonas, el indígena hispano fue asimilando

la costumbre celta de designar a dios no con un nombre propio sino empleando un sustantivo o un epíteto, seguramente fuera confundido con otros dioses menores, como este dios Neto. Del mismo modo ocurría con Júpiter, universalmente extendido por toda la península.

²⁵ Quién sabe si en las hogueras inquisitoriales y en las penas en efígie no latan el arcano espíritu purificador del fuego y los ecos de estas prácticas primitivas.

²⁶ Existió un dios-jinete a cuya advocación se dedicaban una especie de juegos olímpicos. Alrededor de este dios se convocaban las diferentes tribus y, tras finalizar los encuentros, se sacrificaban no sólo personas sino a los mejores caballos, a los que la tribu cántabra de los concanos realizaba una herida de la que bebían directamente. No hemos de olvidar que en todas las culturas la sangre ha significado el vehículo del alma y que ha dado lugar a mitos homéricos como los de las sombras del Erebo, que acudían en enjambre a vigorizarse bebiendo la sangre caliente de las víctimas.



Ninfío de Santa Eulalia de Bóveda, Lugo.

las de los diferentes pueblos que pasaron por la península. Así las tribus lusitanas, tal como hacían los egipcios, exponían en los caminos a los enfermos para que los viajeros que habían padecido la misma enfermedad les diesen consejo.

Somos definitivamente el resultado de una cultura de muertos con todo un sinfín de manifestaciones en el folclore. En la mente del hombre antiguo el viaje de las almas se correspondía con las fases de la luna y se realizaba en sentido circular. Las creencias gnósticas y maniqueas tomaban la luna como una zona de tránsito donde las almas acudían a purificarse antes de reemprender su viaje definitivo. En otras tradiciones los muertos esperaban bajo tierra a que se produjera una lunación favorable²⁷.

La leyenda clásica de la Vía Láctea embrida con estas creencias y nos transmite cómo la galaxia se formó al mamar Hércules de los pechos de Hera, sucediendo entonces que unas pequeñas gotas de la leche de la inmortalidad se derramaron sobre el firmamento, trazando la banda celeste conocida como Vía Láctea. Es por esta senda por donde discurren las ánimas en su tránsito al «país de los muertos», también conocido como «estrella oscura». Por eso a nivel popular en muchas zonas de España se asocian las estrellas fugaces a las almas de los difuntos.

No pudo ser de otro modo; la aberrante antropofagia ritual practicada en los primeros tiempos de nuestra protohistoria se transfiguró en una antropofagia cultural que impregno la tradición y el folclore con el lado más escatológico de la creencia. Cómo si no entender costumbres como la que por alguna desconocida razón pervivía en la Roda del siglo XVII, donde al niño que padecía lobanillos se le bendecía con la mano de un muerto reciente en la creencia de que conforme este fuera corrompiéndose el niño iría sanando.

Muchas de estas creencias tienen origen en el culto a los antepasados. En el Paleolítico los enterramientos se limitaban a lugares llamados «paraderos», donde se entremezclaban los restos humanos, huesos de animales, conchas y diversos materiales, sin embargo los

²⁷ Hecho que los romanos creían que sucedía en febrero. Era entonces cuando tenía lugar la apertura de los mundos subterráneos, siendo las almas catapultadas al éter desde una enorme piedra.

monumentos²⁸ neolíticos son cámaras sepulcrales donde se venera a los antepasados²⁹. La construcción funeraria con túmulos nos remite a la intención de permanencia, paralelamente se constata en grupos aislados de habitantes de las cavernas una primitiva creencia en fuerzas divinizadas de vaga concepción.

Las formas en que se organizan los cultos dedicados a estas fuerzas sobrenaturales devienen con el tiempo en tres: naturismo o divinización de los elementos naturales; animismo o identificación de este tipo de fuerzas con genios, *chemis*, espíritus o fetiches; e idolatría o veneración por figuras que revisten ordinariamente la forma humana.

LA ETAPA MÁGICA

Como venimos viendo, muchos ritos y costumbres sin aparente ilación lógica sólo pueden ser entendidos desde la ruptura de nuestro estatuto ontológico. En la creencia del hombre antiguo el espíritu se entrañaba en todas las cosas dando lugar al *anima mundi*. La misma urdimbre de fuerzas que entrelazaba la naturaleza debería condicionar los estados anímicos y la vida del hombre. La figura del mago o chamán sólo tenía que poner a su servicio aquellas fuerzas antagónicas que, subordinadas a un orden natural y jerárquico, habrían de rendirse por una obediencia natural de necesidad. Bajo este prisma nace la magia. Uno de los objetos más importantes encontrados en Altamira según Menéndez Pelayo es un bastón de mando que bien pudiera ser, en opinión de arqueólogos, antropólogos e historiadores, una varilla mágica perteneciente a algún hechicero prehistórico.

Para el hombre antiguo nombrar equivale a invocar, por eso era frecuente designar a las fuerzas malignas con eufemismos. Pedro Cieruelo atribuye la invención de la magia y las practicas necrománticas a Zoroastro y a los magos persas. Magia es una voz derivada de la caldea

²⁸ Más tarde los distintos pueblos que poblaron la península, llevados por su creencia, pretenden ver en dólmenes y túmulos la morada de hadas, gigantes y toda suerte de personajes pseudofantásticos.

²⁹ Los dólmenes se orientaban al sol, más tarde los templos cristianos conservarán esta orientación desde una concepción heliolátrica del cristianismo primitivo.

maghidim, que se traduce por ‘sabiduría’ en la acepción lata que se ha usado después para la palabra filosofía.

La magia perdió su honda significación al penetrar en las repúblicas griegas, como puede observarse cuando el más terrible de los fantasmas, Empusa, es ridiculizado por el inexorable y escéptico ingenio de Aristófanes. Sin embargo Pitágoras, Demócrito, Platón y tantos otros sabios no fueron a Egipto a aprender los ardidés de la charlatanería supersticiosa sino para iniciarse en los profundos conocimientos que la tradición sacerdotal egipcia había conservado de la antigua magia. La magia era una forma de pensamiento previo al religioso y al científico, que operaba bajo la premisa de que lo semejante produce lo semejante. Todas las cosas que han estado en contacto actúan recíprocamente por puro contagio, pudiendo regularse la fenomenología natural por medio de la voluntad.

Hermes lo expreso muy atinadamente en su *Tabla esmeragdina*: «Verdad es infalible que aquello que está arriba tiene relación a lo inferior; y lo que sube *desto* inferior, relación a lo que ha bajado de arriba».

La magia establece una relación directa entre el pensamiento de la divinidad y los destinos del hombre merced a signos reveladores. Los llamados «encantamientos» son fórmulas que se correspondían con iniciales de palabras o anagramas inteligibles que encubrían la intención del intermediario. Estas fórmulas requerían de un cántico o *carmina*.

La fenomenología de lo sobrenatural y las prácticas necrománticas se puede rastrear en todas las culturas. La mayoría de estos ritos suponían la sumisión extática a los poderes sobrenaturales, lo que derivaría tiempo más tarde en la figura de la bruja. Del mismo modo la idea mitraica del hombre sometido a la influencia de fuerzas antagónicas quedaría expresada en talismanes y objetos sagrados. Los sellos, piedras y objetos son en último término portales psicológicos para penetrar en los dominios del espíritu y del inconsciente.

A través de la magia simpática³⁰ se llega al rito propiciatorio. Las ceremonias mágicas podían clasificarse en dos: efectivas y simbólicas, y dentro de estas últimas tendrían cabida los sacrificios y las

³⁰ La idea platónica heredada de las escuelas místicas, que establece que las imágenes son reflejos irreales e imperfectos de realidades más trascendentes, da lugar a ritos y técnicas de la teúrgia que tienen como fin la animación de estatuas y objetos.

imploraciones. Las ofrendas, los sacrificios, las expiaciones, son formas universales de glorificación motivadas por la piedad instintiva del hombre. El incluir una víctima en la antigüedad en ciertas ceremonias no se ejecutaba como un acto mágico en sí, sino como un acto religioso en el recto sentido del modo latino, *sacrum facere*. Cuenta Marcelino Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos* cómo en algunas partes de España como en Cartagonova se practicaba un rito originario de Siria que obligaba todos los años a sacrificar algunos mozos elegidos. Estas muertes se ofrecían a una deidad asimilada a Saturno (Melchón)³¹ y el holocausto consistía en depositar a los mozos sobre las manos juntas y cóncavas de una gran estatua para más tarde y mediante un artificio dejar caer los mismos a un hoyo lleno de fuego mientras sus gritos al abrasarse eran apagados por los sonos de tambores y sonajas.

Del mismo modo en la *Historia literaria de España* de los padres Rafael y Pedro Rodríguez Mohedano encontramos cómo los lusitanos, siendo gente agorera y supersticiosa, daban mucha importancia al número por lo que sus sacrificios se contaban por centenares, consagrando estas «hecatombes» a la diosa Hécate³², Diana o Proserpina.

Alcanzado el siglo III los oráculos no sólo siguen teniendo vigencia en Hispania sino que están extendidos a lo largo y ancho de la península. Una lápida descubierta en Peña Amaya testimonia cómo un muerto se aparece en sueños a su mujer para darle consejos. Sobre esta piedra de Peña Amaya se destaca la figura del aparecido con los codos extendidos horizontalmente y los antebrazos y manos elevados al cielo³³. El hombre antiguo hace uso de un simbolismo natural y esquemático, pues no

³¹ Las inscripciones hablan en suelo hispano de no menos de trescientos veinte nombres de deidades autóctonas, siendo el panteón celta compuesto según Lucano por una tríada fundamental sedienta de sangre: Teutates, Esus y Taranis.

³² A la diosa Hécate siempre se la consideró como patrona de la magia, siendo su principal atributo provocar la aparición de espectros infernales. Cuenta Jose Coroleu que nada espantaba más a los griegos como el poder de la pálida Hécate, la diosa infernal, terrestre y celeste al mismo tiempo, la deidad nocturna de las encrucijadas que se complacía en la efusión de la sangre y los ladridos de los perros espantados por la aparición de las sombras. En especial las brujas tesalias consideraban a esta diosa como la fuente de todos los maleficios y princesa de los genios maléficos.

³³ *Boletín de la Academia*, tomo XIX, 1891; p. 528.